

FILOSOFIA ECONOMICA Y NECESIDADES DEL HOMBRE

POR

MARCEL DE CORTE.

Profesor en la Universidad de Lieja.

La mayor parte de los biólogos insisten justamente sobre la importancia de la noción de necesidad como elemento determinante de la conducta humana. No es de extrañar que se la encuentre en el corazón mismo de los comportamientos económicos. La polivalencia de esta noción y su diversidad casi inagotable hacen, sin embargo, difícil la interpretación científica. En efecto, la necesidad es algo que varía al extremo, no solamente según las civilizaciones, las sociedades y los grupos en el tiempo y en el espacio, sino según los individuos, a cada instante de su existencia y según las circunstancias en que se encuentran. ¿Cómo captar una realidad tan particularizada y tan evanescente? Se sabe, en efecto, que no hay ciencia de lo individual: solamente lo universal puede ser objeto de la ciencia. No es de extrañar, entonces, que la noción de necesidad haya sido la mayor parte de las veces considerada por los economistas como un postulado de la investigación más bien que como un objeto de la investigación misma. Se habla constantemente de la necesidad en economía y si la noción es indispensable para aclarar los fenómenos económicos, muy rara vez resulta aclarada ella misma.

Por añadidura, las necesidades económicas, evidentemente de orden material, son, en su realidad, indisociables de las otras necesidades humanas de orden afectivo, intelectual, espiritual, etc. ... No hay hombre alguno sobre la tierra que beba o que coma como si fuera, pura y simplemente, la sede de una reacción química.

En fin, ¿cómo medir adecuadamente una necesidad sin traicionarla, sin hacer que se evapore la substancia esencialmente cualitativa?

Pero la economía moderna, como además todas las otras ciencias positivas, tiende a convertirse en una ciencia de lo medible.

Nos encontramos, pues, en presencia de una paradoja epistemológica inaudita: La economía está fundada sobre una necesidad que se le escapa. Y esta es la razón de que se construyan los sistemas más diversos de interpretación en torno de estas nociones fundamentales. Desde su origen, la ciencia económica se encuentra encuadrada entre los polos extremos del liberalismo y del colectivismo, divididos en sí mismos, y cuyos resultados de la división son objeto de innumerables mezclas más o menos arbitrariamente dosificadas. Es posible, por tanto, preguntarse si la economía no se encuentra previamente sometida a una opción completamente subjetiva por parte de quienquiera que emprenda la tarea de aclarar los comportamientos, estando esta opción más o menos inconscientemente enmascarada tras una cortina de humo cualquiera. La economía se convierte así en el campo cerrado de interminables disputas, en las cuales se injertan las pasiones individuales y sociales. Su curso real en la vida de los hombres queda abandonado a sí mismo, o sometido a intervenciones exteriores a su naturaleza por parte de cualquiera que posea un modo de poder capaz de influirlo.

El objeto de estas notas consiste en mostrar que es posible superar esta aparente contradicción que hace de la economía un conocimiento de lo que ella ignora. Esta posibilidad no puede abrirse, en nuestra opinión, en el espíritu más que si se logra orientar hacia una necesidad esencial y universal la multiplicidad incoherente e inadaptable a las necesidades económicas y de las otras. Pero un drenaje semejante se opera espontáneamente por el hombre mismo, sujeto de estas diversas necesidades. Existe, en efecto, en el hombre una necesidad fundamental hacia la cual convergen todas sus otras necesidades: La necesidad de ser feliz. «BEATOS NOS OMNES VOLUMUS», decía Cicerón. Y Pascal subrayaba que «Todos los hombres quieren ser felices, incluso aquellos que desean colgarse». La felicidad es el fin último de todas las actividades humanas, cualesquiera que sean y se define como un estado en el cual nada falta, en el que todas las necesidades del hombre están saturadas. «Sólo una

cosa es necesaria —escribía con humor y profundidad Chesterton— todo; el resto es vanidad de vanidades.»

Los antiguos habían escrutado ampliamente esta noción de felicidad de la que hemos perdido el secreto. Ya se trate de filósofos paganos tales como Platón y Aristóteles, o de pensadores cristianos como San Agustín y Santo Tomás de Aquino, por ejemplo, se logra entre ellos un acuerdo para concebir la felicidad del hombre en el cumplimiento pleno de sus facultades específicamente humanas: La inteligencia y la voluntad, concebidas y encarnadas en un cuerpo que forma también parte de la esencia del hombre. Como la inteligencia es superior a la voluntad, que no puede ejercerse sin ella, y como las dos son a su vez superiores a la materia, clasifican las actividades humanas en tres grupos jerarquizados: Las actividades contemplativas, por las cuales la inteligencia del hombre se nutre de verdad e intenta conocer la realidad hasta su último principio; las actividades denominadas prácticas, por las cuales la voluntad aclarada por la razón se orienta hacia el bien que la satura; las actividades a las que se da el nombre de «poéticas» (del verbo griego: POIEIN, que significa hacer), por las cuales el hombre transforma el mundo exterior de forma que pueda extraer de él las cosas necesarias para su subsistencia. La filosofía (o la teología), la moral, la técnica, son las actividades más típicas del ser humano, estando la tercera subordinada a las dos primeras, y la segunda a la que le precede. Estas actividades se ejercen en la medida en que sus objetos respectivos faltan y el hombre llega en la medida posible a la felicidad, en la medida en que sus ejercicios se equilibran jerárquicamente. Con relación al hombre, las dos primeras actividades le son inmanentes: Permanecen en él para su perfección, en tanto que la tercera es una actividad transitiva y acontece en una materia que le es exterior para perfeccionarla. Con relación a su objeto, las dos primeras son teocéntricas, mientras que la tercera es antropocéntrica.

Como revela la historia, la actividad propiamente técnica del hombre se ha desarrollado con lentitud hasta una época en que se puede fijar, de manera que sólo es aproximada, en el Renacimiento. No se simplifican en exceso las cosas al decir que la técnica y la economía resultantes estaban estancadas hasta entonces: Pocas nuevas invenciones,

una productividad casi siempre igual, la misma cada año, una situación que se puede calificar de estática o, incluso, de penuria. Este es el por qué las actividades especulativas y prácticas del hombre se han desarrollado particularmente por compensación. Las necesidades espirituales, intelectuales y afectivas del ser humano fueron más saturadas que las necesidades materiales.

Con el Renacimiento, asistimos al fenómeno inverso: La técnica y la economía se separan, poco a poco, de la moral y de la filosofía (así como de la teología) y adquieren la autonomía completa que hoy conocemos. El teocentrismo es sustituido por el antropocentrismo. El humanismo surge, y el hombre, por la voz de Descartes, se proclama «amo y poseedor de la naturaleza». Esta inversión de la jerarquía de las actividades engendra una serie de inventos técnicos extraordinarios y, por primera vez en su historia, el hombre pasa de una economía de penuria a una economía de abundancia, la cual si todavía no se extiende a todo el planeta es, no obstante, deseada, en grados diversos pero jamás nulos, por todos los pueblos. Un dinamismo económico sin precedentes reemplaza la economía estática de otros tiempos.

No se puede negar que se trata de un enorme progreso: la humanidad vio alejarse de ella el espectro del hambre y de los conflictos engendrados por la escasez de bienes materiales, los cuales no son generalmente una cosa negativa. Pero lo mismo que toda medalla tiene un reverso, todo progreso implica una contrapartida: Un clavo saca a otro, dice un proverbio. No solamente la actividad técnica y económica del hombre moderno provoca una serie de «recaídas» cuyos efectos nefastos empezamos a medir, sino que su explotación sin medida, privada de toda subordinación a fines superiores, está en trance de dismantelar al hombre y de amputarlo de su naturaleza propiamente inteligente y con voluntad. La humanidad evoluciona hacia la «perfecta y definitiva termitera», como preveía el genio de Valéry. Por primera vez en su historia, la economía, dirigida por una técnica que pretende bastarse a sí misma y constituir su propio fin, camina a la inversa: En vez de producir para consumir, el hombre moderno se ve obligado a producir por producir. En la economía actual, el pleno empleo y la expansión económica continua se con-

sideran como objetivos esenciales que deben perseguirse de modo absoluto y alcanzar bajo pena de decadencia. El producto nacional bruto, en ininterrumpido crecimiento, se ha convertido en el criterio absoluto de la salud de las naciones y de los trabajadores que las componen. Pero es claro que no se puede aumentar el empleo e incrementar cada año la producción nacional (e internacional) más que si hay mayor consumo de bienes producidos en exceso por productores excesivos. La finalidad normal de la economía resulta así invertida. El hombre debe consumir para trabajar. Ante nuestros ojos surge una sociedad denominada SOCIEDAD DE CONSUMO, que es, en realidad, la consecuencia necesaria de una economía apoyada esencialmente sobre los productores, a cualquier nivel que se sitúen. Los consumidores son tratados como vacas gordas en período de prosperidad, o como vacas flacas en período de escasez. Las necesidades del consumidor se encuentran subordinadas, si no sacrificadas, a las necesidades de los productores.

El divorcio de las actividades técnico-económicas respecto de las actividades morales y especulativas del hombre, la inversión de las finalidades de la técnica y de la economía que ha provocado, no ha acabado aún de perturbar el planeta. No es exagerado pretender que la revolución permanente que macera la humanidad o, más exactamente, el desorden que en ella establece y sus innumerables secuelas en todos los dominios, provienen de esta causa primera, con demasiada rareza apercebida y más raramente todavía analizada.

Entre todas las que podrían atraer nuestra atención, nos contentaremos con destacar la transformación profunda del papel del Estado. Bajo la influencia creciente de una economía centrada en los productores, se han organizado grupos de presión económica que no solamente gravitan con todo su peso sobre las decisiones del Estado, sino que hacen que éste abandone cada vez más su función esencial de garantizar el interés general, para convertirse en el servidor de los intereses particulares de los productores. La misma naturaleza de la economía se encuentra perturbada hasta en sus fundamentos. Si es cierto, como hemos dicho antes al referirnos a la evidencia del buen sentido más elemental, que se produce para consumir y que la saturación de las necesidades del consumidor constituye el único y auténtico

tico fin de la actividad técnico-económica, el Estado moderno, presa de los grupos de presión, va consolidando cada vez más la inversión de la economía y hace que ésta se desarrolle de tal suerte que camina en contra-pendiente. Pero no puede hacerlo más que apartando la economía del dominio esencialmente privado, que es el suyo, y socializándola hasta el colmo. En efecto, una economía al servicio del consumidor solamente puede ser privada, ya que el consumidor de carne y hueso es el único capaz de consumir los bienes materiales que se han producido, y el mismo consumidor individual es el único capaz de determinar las necesidades que aspira a satisfacer. La voluntad del Estado se substituye así a la suya y su libertad de elección se esteriliza poco a poco en su raíz material. El hombre es cada vez menos libre en todos los dominios. Su liberación respecto de la naturaleza que la técnica ha dominado tiene como correlativo su servidumbre a la colectividad, al Estado y a la potencia de los grupos que dirigen el Estado.

Pero una economía cuya finalidad funcione a la inversa cuesta muy cara por definición: Se precisan cada vez más medios y medios más costosos para invertir su curso natural. Y asistimos así a un espectáculo extraordinario: Una economía cuyos instrumentos técnicos son incomparables y cuya productividad es enorme, que se enferma cada vez más. Un malestar difuso, que a veces estalla en crisis monetarias imprevisibles, taladra una prosperidad económica sin precedentes. En vano esta economía a la inversa intenta crear nuevas necesidades. Como observa Goerge Friedmann en un libro reciente, «la multiplicación anárquica de las necesidades mantiene el desequilibrio y, a su vez, se encuentra estimulada por él». Existe un círculo vicioso en todos los sentidos de la palabra. El dinamismo de la economía no puede ser desviado indefinidamente de su finalidad natural sin riesgo de explosión.

Y por esto la economía jamás ha sido tan potente y jamás ha sido tan frágil. Jamás ha sido más capaz de ayudar a los hombres y jamás ha sido más apta para privarles de su diferencia específica y hacer de ellos «trabajadores» perpetuamente condenados a producir ... Las actividades propiamente humanas corren el riesgo de desaparecer

en beneficio únicamente de la actividad técnico-económica desplegándose al infinito ...

Si deseamos llegar a la ribera del año 2.000 con esperanza, es necesario absolutamente resolver los problemas del hombre colocados ante el fenómeno inédito del dinamismo económico. Hay tiempo, hay más que tiempo. Este problema no puede resolverse más que bajo una doble condición: La economía debe ser restituida a su finalidad natural y puesta de nuevo al servicio del consumidor, por una parte, y, por otra, debe reintegrarse en una concepción del hombre que subordine las actividades productora y consumidora de bienes materiales a la actividad moral y a la actividad contemplativa del espíritu. Dicho de otra forma, la potencia debe ser ligada a la sabiduría.

La primera condición se cumplirá cuando la economía se convierta de nuevo, o más bien llegue a ser una auténtica economía de mercado en la que los mejores productores vean recompensados los servicios que rindan, por la elección que ejecuten los consumidores, y cuando el Estado, en vez de ser arbitrariamente juez y parte, como sucede hoy, sea restituido a su papel de árbitro independiente de las fuerzas en presencia. La segunda condición será cumplida, a su vez, cuando la actividad económica del hombre sea de nuevo encuadrada en un sistema moral fundado sobre el orden material y cuando el mercado sea sometido a reglas del juego, es decir, reintegrado en un clima de costumbres tal que las conductas materiales de los hombres puedan articularse en sus conductas superiores: Las estructuras jurídicas de la economía podrán de tal manera prolongar el impulso de la naturaleza humana hacia su realización, tan plena como sea posible.

No queremos decir que estas dos condiciones sean fáciles de cumplir en las circunstancias actuales en las que todas las actividades humanas se mueven artificialmente a la inversa. Decimos simplemente que ellas responden a la necesidad más profunda del hombre: la necesidad de la felicidad. Decimos simplemente que el dinamismo de la economía ha de ser para nosotros la ocasión, si es acabado y, por tanto regularizado, de realizar, en la medida de lo posible, esta felicidad a la que el hombre aspira.

Estamos, pues, ayudados por la naturaleza en nuestra tarea. Las

razones de esperar no faltan. Por añadidura, *NATURAS MALORUM REMEDIA DEMOSTRANT*, como dice el adagio médico. A nosotros nos corresponde, si somos responsables, si vemos las cosas tal como deben ser, derramar estas razones fundadas en la realidad en nuestro alrededor.

No hay ejemplo de que una empresa humana que responda a las necesidades más fundamentales del hombre que no se haya asegurado, con el tiempo, el éxito.

BREVE SINTESIS DE MORAL SOCIAL, NATURAL Y CRISTIANA

FOR

MIGUEL IBAÑEZ PEREZ

- I. DOCTRINA SOCIAL CRISTIANA
- II. PRINCIPIO DE NO CONTRADICCION
- III. LIBERTAD, DIGNIDAD, RESPONSABILIDAD
- IV. PROPIEDAD PRIVADA Y BIEN COMUN
- V. CUERPOS INTERMEDIOS Y PRECEPTO MORAL DE SUBSIDIARIEDAD
- VI. EL ERROR MODERNO